

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Dios es mi consuelo y mi sostén -
Salmo 73
(13 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 73:1-28

El primer versículo se lee como un título. Con esta idea central Asaf nos expresa un conocimiento decisivo: “A pesar de todo, Dios es el consuelo de Israel para todos los de corazón puro” (trad. libre). Esto no lo ha dicho a la ligera, sino que ha madurado en conflictos difíciles. Dudas carcomiendo su mente le llevaron a preguntarse: ¿Acaso todo lo que ha sido mi vida anterior fué en vano? ¿En vano mi fe, en vano mi fidelidad, en vano mi compromiso con Dios?

Su sincera confesión es: “casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos” (v.2). Asaf no podía lidiar con lo que ensombrecía su vida personal, ni con lo que había visto en la vida de los demás. De sí mismo tuvo que decir: “... he sido azotado todo el día, y castigado cada mañana” (v.14 Biblia de las Américas). Otros, en cambio, se han sentido muy bien. Y estas eran las personas que vivían sin Dios y hasta se burlaban de él.

En su salmo el orador da cuenta de cómo se había perdido en las preocupaciones y en la autocompasión y se había cansado de la fe. Él, que dedicaba su vida totalmente a Dios, era uno de los atormentados diariamente. Se le impuso la pregunta de si tenía sentido evitar el pecado. ¿No debería Dios demostrar que trata a su pueblo de manera diferente que a los impíos? (Comp. Éx. 9:4.)

Sin embargo, le importaba ante todo lo demás, estar bien, estar limpio con Dios, o llegar a ser limpio cuando se daba cuenta de alguna culpa. En toda tentación, le importaba que nada se interpusiera entre él y su Señor. “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10; lea Sal. 26:6; 2.P. 3:14).



Día 2

Salmo 73:1-20

La verdadera angustia de Asaf comenzó al comparar su situación con la de los demás. Por la misma razón, muchos cristianos han sido hasta hoy, impugnados en su confianza en Dios. Desilusionados, también ellos se preguntan: ¿de qué sirve confiar si estoy peor que aquellos que no preguntan por Dios?

Con autocompasión, envidia, celo y amargura en su corazón, el salmista no podía dar pasos de fe y confianza. Él ya no se podía aferrar a la certeza que Dios le guiara y le condujera a un buen final. Pero sigue siendo verdad: también en lo profundo y cuando no podemos entender sus propósitos, Dios pretende lo bueno para nosotros. “Él restaura mi alma; me guía por senderos de justicia por amor de su nombre” (Sal. 23:3 Biblia de las Américas; lea Sal. 25:8-10; 31:7,8; 86:5,13,15).

Por eso el salmo no termina con una descripción de la lamentable situación. La carga pesaba tanto tiempo sobre Asaf, hasta que él entraba al santuario. Con este paso a la presencia de Dios comenzó el decisivo cambio. Junto a Dios él podía derramar toda su angustia.

Este movimiento hacia Dios es también hoy la condición para conseguir una nueva visión de las cosas en nuestra vida. No significa siempre un cambio de las circunstancias externas; muchas veces se mantiene la misma situación. No siempre se disuelve el estado de las cosas difíciles. Pero en la presencia de Dios, al ocuparnos con su palabra, se amplía el horizonte.

La mirada de Asaf se dirigía al fin de los hombres que vivían sin Dios. Aunque por el momento ellos pasaban muy bien su vida, sin Dios no tenían futuro. Así Asaf aprendía a considerar y evaluar la vida desde el final (comp. Sal. 37:35-40; 90:10-12).



Día 3

Salmo 73:16-22,28; 69:13

Cuando David tuvo que enfrentarse a los adversarios, reaccionó como Asaf: “pero yo a ti oraba, oh Jehová”. Los dos hombres tomaron una decisión, la pusieron por obra, y pudieron experimentar un cambio. También en otros salmos leemos cómo hombres derramaron sus inquietudes delante de Dios (lea Sal. 85:4-7; 90:13,14; 102:1,2). Nosotros también estamos invitados a acercarnos a Dios con todo lo que nos angustia: “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 62:8).

Acerca de esto Martín Lutero dijo: “esto es un buen consejo. Expresad abiertamente todo lo que os pesa, no esconded nada delante de Él. A Dios le gusta escucharos, Él quiere aconsejaros y ayudaros. No tengáis vergüenza, ni penséis que la carga sea demasiado grande o demasiado molesto. ¡Dios es mayor que todo!”

Cuando se nos dice que debemos “derramar nuestro corazón delante del Señor”, quiere decir que debemos poner nuestras preocupaciones y angustias directamente delante de sus pies. El orador, que actúa así, suelta todo y lo deja a Dios (lea Sal. 55:22; He. 4:16).

Fue una decisión de largo alcance la que tomó Asaf, cuando ya no quería atormentarse solo con sus preguntas y problemas. Él incluyó a su Dios en todo lo que le era incomprensible. ¿Qué hacemos cuando las preguntas “por qué” se enganchan en nuestro corazón, y cuando no podemos salir del hecho de hacer comparaciones?

No conocemos en toda su extensión las palabras personales que Asaf pronunció ante Dios. Sin embargo, lo que dice en el salmo indica que vale la pena recorrer el camino a la presencia de Dios. Aquí se nos da una nueva visión – para Dios, para nuestra vida personal y para la vida de los demás (comp. Sal. 10:1,2,14-18; 140:1,12,13; Is. 63:17-64:4)



Día 4

Salmo 73:23-28; 145:14,18-20a

Al reflexionar con envidia sobre lo que había visto en los impíos, Asaf había perdido la certeza de lo rico que era, debido a su pertenencia a Dios. ¿Acaso no miramos a veces lo que otros tienen o pueden, pero nosotros no? Como consecuencia de ello, podemos sentirnos desfavorecidos, deplorables e inútiles. Al hacerlo, pasamos por alto que, como hijos de Dios, tenemos abundantes dones.

Pablo hace ver a los corintios: “ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2.Co. 8:9). De Jesús recibimos todo lo que necesitamos para la vida, el servicio y para nuestra fe (lea Ef. 1:18-20a; 3:8; Col. 2:1-3,9,10). Nuestra riqueza en Cristo sobrepasa con creces todas las riquezas que el mundo nos pueda ofrecer. Esto debemos recordar una y otra vez, para poder mantenernos firmes en el camino del discipulado.

En los últimos versículos del Salmo 73 se nos ofrecen siete regalos, de los que nos podemos apropiarnos:

1 Estoy sostenido

La decisión de Asaf de ir a la presencia de Dios, se unía con el anhelo de sentirse nuevamente seguro. El desconcierto por la guía de Dios en su vida le había oprimido tanto, que había perdido su equilibrio interior. Él no quería seguir viviendo de esta manera. Pero en su encuentro con Dios, reconoció: mi vida tiene valor delante de Dios. Ante Él mis pensamientos y mis caminos no están escondidos. Dios me sostiene también, cuando yo tambaleo. “Me tomaste de la mano derecha”. Esta realidad le daba seguridad, amparo y nuevo ánimo.

¡Cuántas veces la mano de Dios ya nos ha sostenido y protegido de una caída!



Día 5

Salmo 73:23; Isaías 41:13

¡Estoy sostenido por Dios! Sus manos rodean mi vida entera, aunque yo no lo sienta. Él me sostiene firmemente en pruebas y tentaciones. Jesús decía acerca de sus discípulos: “nadie los arrebatará de mi mano” (Jn. 10:27-29).

El autor del Salmo 94 testimonia: “Cuando yo decía: mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba” (Sal. 94:18). También Asaf consiguió ánimo a decidirse nuevamente, a pesar de todo, confiar en el Señor: “Pero yo siempre estoy contigo, pues tú me sostienes de la mano derecha” (NVI). Con esto se aferró a su Dios, independiente y libre de las circunstancias. “Aquí habla uno, que no ve, sin embargo, cree. El creer es para él agarrarse de la vital relación con Dios teniendo la certeza de estar sostenido por Él, cuando solo ya no puede andar” (T. Sorg; lea Is. 28:29; Ro. 11:33-36).

El cantautor Karl Bernhard Garve (1763-1841) expresó su experiencia con Dios en las exigencias de su vida de esta manera:

*“Fuerte es la mano de mi Jesús, y él me tomará para siempre;
ha pagado demasiado por mí como para dejarme ir.
Mi Redentor no me deja, ésa es mi confianza.*

*Si por mi desánimo veo peligro, si tengo miedo de sucumbir,
Cristo me da la mano, Cristo ayuda a que venza la impotencia.
Que el héroe de Dios me defiende, esa es mi confianza.*

*Nada me arrebatara de su mano; ¿le he de ofender con poca valentía?
Mi Redentor mismo lo promete; ¿le he de torcer su palabra?
No, él no me dejará nunca; esa es mi confianza.*

Hoy podemos convertir estas palabras en nuestra oración personal.



Día 6

Salmo 73:23; Isaías 42:6

“Pero yo siempre estoy contigo, pues tú me sostienes de la mano derecha”. Este osado “pero yo” de la fe llega a ser la ayuda decisiva para la vida de Asaf. Ahora su mirada no se dirige a los hombres. Dios está en el campo central de la visión del orador.

Es de suma importancia que no miremos con envidia a otras personas, sino que fijemos nuestra mirada conscientemente en nuestro Señor que siempre está presente. Él nos ayuda a pasar los tiempos de crisis y nos sostiene en su mano. En Su Hijo Jesucristo siempre está cerca de nosotros, también cuando tengamos que pasar por etapas difíciles o estemos pasando por pruebas. En todos los peligros o angustias nos podemos amparar en Jesús. Él es más fuerte que el pecado, la muerte y el diablo. Él se enfrenta al enemigo y lo manda a que se retire (lea Mt. 4:8-10). Recordemos: ¡nuestra fe es la victoria que ha vencido al mundo con todas sus tentaciones y con todo el sufrimiento! (Lea 1.Jn. 5:4.)

Una mujer en una posición de liderazgo dijo: “Si mantengo mis ojos puestos confiadamente en el Señor, puedo dejar que Él me guíe en las circunstancias difíciles. En momentos de debilidad, y cuando el desaliento me sobreviene, me dirijo urgentemente a Él y le pido que me sostenga”. Así ella intentaba permanecer junto a Dios y contraponerse con fe con su “pero yo” a las circunstancias adversas.

Otros salmistas dijeron en tiempos difíciles: “Hay un río cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios, la santa habitación del Altísimo. Dios está en ella, la ciudad no caerá; al rayar el alba Dios le brindará su ayuda” (Sal. 46:4,5; comp. Sal. 42:5; Is. 26:3,4).

Nosotros podemos sostener este decisivo “pero yo” (Sal. 73:23) como palabra clave de nuestra fe. Aunque mucho se ponga en contra: “Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová” (Jer. 17:7).



Día 7

Salmo 73:24; Isaías 30:21

Pensemos en el próximo regalo que nos muestra el Salmo 73:

2. *Yo soy guiado según el buen consejo de Dios.*

¡Cuánto necesitamos cada uno de nosotros, precisamente en estos días, la guía de Dios, ya sea en las cuestiones personales, en el enfrentamiento con las transformaciones teológicas, éticas y sociales, en los desafíos digitales y económicos que cambian rápidamente, o en el enfrentamiento con las crisis mundiales! En muchos ámbitos se observa un creciente desconcierto en todo el mundo. Hay muchas cosas que para nosotros son impenetrables. Tampoco para el creyente hay soluciones sencillas. A veces hay que aguantar tiempos de incertidumbre y de espera.

El salmista nos alienta al compartir con nosotros su conocimiento que se le reveló durante su oración: Dios me guía, y lo hace para mi bien (comp. Is. 49:10). En el Salmo 77 leemos una confesión que da una visión aún más profunda: la guía de Dios no sólo es buena, sino es santa (lea Sal. 77:13; comp. Sal. 18:30).

Después de las experiencias especiales con su Dios, Asaf podía poner de nuevo la guía de su vida confiadamente en la mano de Dios. “Con todo, yo siempre estuve contigo; ... me has guiado según tu consejo” (Sal. 73:23a,24a). Muchos cristianos han seguido su ejemplo.

El cantautor Heinrich Albert (1604-1651) oraba: “Guíame, oh Señor, y dirige mis pasos según tu palabra; sé hoy y sigue siendo mi protector y amparo. Ningún otro, sino solo tú me puedes cuidar bien”.

La petición por guía se encuentra en muchos pasajes de la Biblia. David lo repitió muchas veces: “Enséñame, oh Jehová, tu camino; caminaré yo en tu verdad; afirma mi corazón para que tema tu nombre” (Sal. 86:11; comp. Sal. 143:10). También nosotros podemos contar con el buen consejo de Dios. Él nos guía también cuando no nos damos cuenta de ello (lea Sal. 23:3).



Día 8

Salmo 73:24; 32:8

Quien haya entregado a Jesús la dirección de su vida, experimentará que Él quiere ser nuestro interlocutor no sólo en las grandes decisiones, sino también en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Su Espíritu puede darnos perspicacia en los momentos decisivos y recordarnos las normas de Dios (lea Jn. 16:13; 14:26,27). Tenemos su palabra que nos comunica su voluntad y nos da una orientación clara.

La importancia de tener bien visibles luces de posición, se ve claramente en un aeropuerto. Cuando oscurece, cientos de luces brillan en las pistas de despegue y aterrizaje. Son un factor de seguridad esencial para los aviones en el despegue y el aterrizaje. Los pilotos se orientan por ellas en la noche. Incluso como personas que pertenecen a Dios, no tenemos que andar en las tinieblas. “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105; comp. 2.P. 1:19; Jos. 1:7,8). Cuando los demás son víctimas de las lámparas seductoras del esoterismo, la astrología, el budismo y el espiritismo, nosotros, los cristianos, tenemos el luminoso reflector de la Palabra de Dios. Podemos orar: “Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán” (lea Sal. 43:3,4; Pr. 6:20-23; 2.Ti. 3:16,17).

“No me dirigiré más a mí mismo; tú me guiarás como pastor; sal y entra conmigo. Oh, Señor, escucha mis súplicas y guíame en todas las pisadas; no quiero ir ni un paso solo.

Si tú me conduces, no podré deslizarme; tu palabra será firme por toda la eternidad; tú dices: ‘mi ojo te guiará, mi rostro andará delante de ti’”. (K. H. v. Bogatzky – 1690-1774)



Día 9

Salmo 73:24; Filipenses 3:20,21

3. Camino hacia un futuro seguro

Cuando el salmista tuvo un nuevo encuentro con Dios, se le abrió una nueva visión hacia su futuro: “y después me recibirás en gloria”. Esto deseamos todos: un buen final, estar “en casa” para siempre en el cielo. Jesús promete a los que creen en Él: “yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás” (lea Jn. 10:27,28). La Biblia no deja nuestro futuro en tinieblas. Nos dice que los nombres de los que pertenecen a Jesús, están inscriptos en el libro de la vida en el cielo (Lc. 10:20). Si esto es nuestra realidad, entonces ya ahora somos ciudadanos legítimos del mundo celestial (comp. Fil. 3:20).

Quizás la gente se ríe, cuando hablamos de esto. Muchos afirman que con la muerte se terminó todo. Pero las promesas que Jesús nos ha dado, están vigentes: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mi mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:2,3). Allí nos espera la eterna comunión con el Señor. Nada nos separará de Él. Nada puede estropear esta relación. A la luz de la eternidad todo el sufrimiento de este tiempo pasajero pierde su peso.

“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2.Co. 4:17,18; comp. Ro. 8:18). La muerte no tiene la última palabra. Ciertamente pone fin a la vida del hombre en esta tierra, pero para la vida de Dios pone un glorioso comienzo.



Día 10

Salmo 73:25-28; 2.Tesalonicenses 3:5

4. ¡Yo te tengo a ti!

En los versículos 25 y 26 leemos una impresionante confesión. Habla del conocimiento liberador, que sólo en Dios está basada la verdadera riqueza, todo el gozo y toda la felicidad de la vida.

¿No es demasiado, lo que Asaf afirma? ¿Puede un hombre realmente vivir esta exclusividad y aguantarla con agradecimiento? Pero el salmista no cuenta con su propia fuerza de aguante. Él no sobreestima su poder de la fe, ni subestima las tentaciones y cargas de su vida. “Él no quiere decir: Aun en extrema tribulación, te tendré a ti, lo mayor de todos los bienes, como mi gozo, sino que respecto al morir alabará la fidelidad de Dios” (H. Lamparter).

En la presencia de Dios, la comparación con los impíos, que aparentemente viven mejor, se pone de relieve. El que conoce al Dios viviente y pertenece a Él, lo pasa infinitamente mejor. Dios sostiene, guía, soporta y al final lleva a su hijo a la patria eterna. Por eso cuenta solamente el hecho de pertenecer a este Dios misericordioso y amante.

Asaf se quiere soltar de aquello, lo que el mundo le ofrece, y aferrarse solo a lo que vale de verdad. El amigo de Job Elifaz dijo: “Si tu oro refinado lo arrojas por el suelo, entre rocas y cañadas, tendrás por oro al Todopoderoso, y será él para ti como plata refinada. En el Todopoderoso te deleitarás; ante Dios levantarás tu rostro” (Job 22:24-26 NVI; comp. Sal. 16:6).

¡Yo te tengo a ti! Esta certeza era suficiente para Asaf. No importa como fuere nuestra situación actual: Podemos confiar firmemente en Dios y afirmar con el salmista: “En cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza” (Sal. 73:28).



Día 11

Salmo 73:26; Isaías 38:17

5. Recibo consuelo

Después de la gran tentación de darle la espalda a Dios y de no querer confiar en Él, Asaf dice esta oración: “Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón; él es mi herencia eterna” (NVI). En algunas traducciones se realza más el consuelo; en otras: “Dios es la roca de mi corazón; en otras “mi fortaleza” o “el sostén de mi alma”. Con todo, Dios es el fundamento firme, sobre el que nuestra vida encuentra firmeza, amparo y consuelo.

Impresionado por la grandeza y bondad de Dios – las que a primera vista le parecía compartido injustamente – entretanto el salmista se siente relacionado profundamente con Dios. En el santuario, Dios se le reveló como roca y consuelo de su corazón (lea Is. 66:13; 2.Co. 1:3,4; 7:6). Asaf reconoció: también en el futuro, Dios seguirá siendo el mismo para mí, todo el tiempo, siempre y eternamente.

En la Biblia encontramos muchas citas de consuelo y de aliento. Vale la pena anotarse algunas y memorizarlas. Ellas tendrán efecto, cuando el temor y la angustia nos quieran oprimir. Por ejemplo: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (Is. 43:1b). No lo dice cualquiera, sino aquel que es mayor que todo lo que nos infunde temor.

“¡No temas ni desmayes!” (Jos. 8:1a). “Tú, pues, no temas, ... Porque yo estoy contigo para salvarte, dice Jehová” (Jer. 30:10,11a). “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” (Mt. 14:27b). “Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Lc. 12:7). Lea también Hechos 18:9 y Apocalipsis 1:17b,18a.



Día 12

Salmo 73:27,28; 91:1,2

6. Puedo tener esperanza

En la santa presencia de Dios, Asaf reconoció que no podía ni quería vivir sin Dios. Por eso, después de un tiempo de hacer comparaciones, cavilaciones y de dudas, ahora puede confesar gozoso y agradecido: “Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza”.

Según estas palabras decisivas nos damos cuenta que Asaf quiere en el futuro refugiarse en Dios más rápidamente. El camino hacia el santuario le había ayudado y éste seguía estando accesible para él. ¿Acaso nos acordamos que Jesús es la puerta abierta a Dios y que siempre tenemos libre acceso a nuestro Padre celestial? (Lea Ef. 2:13,18; He. 4:16; 10:19-23.)

Al final del salmo, las circunstancias externas seguían siendo las mismas para el orador. Pero la diferencia se muestra para Asaf en el conocimiento y la manera de ver acerca de Dios y de su actuar. Esto le cambiaba por completo a él y su percepción. “He puesto en Jehová el Señor mi esperanza” (v.28). En esta determinación se refleja su fe, también la confianza, de que Dios tiene la guía de su vida en Su mano. Las preocupaciones, quejas, la desesperanza y frustración ya no dirijan sus pensamientos, sino que él contaba confiadamente con las posibilidades de Dios.

El predicador Charles H. Spurgeon escribió: “Nuestra fe es la clave de los enigmas de la vida, el hilo a través del laberinto de las guías divinas, la estrella polar que nos muestra el camino en el océano sin caminos de la vida”. Así animémonos unos a otros a confiar, fortaleciéndonos en tener confianza, porque pertenecemos a un Señor que es nuestra confianza: “Con tremendas cosas nos responderás tú en justicia, oh Dios de nuestra salvación, esperanza de todos los términos de la tierra, y de los más remotos confines del mar” (Sal. 65:5; comp. Sal. 71:5).



Día 13

Salmo 73:28; 92:13-15

7. Tengo un buen mensaje para otros

Asaf había reconocido que el bienestar, el poder y la auto realización no llevan a una vida plena y satisfactoria. El final de los hombres que viven sin Dios, es un final de terror (lea Sal. 73:18-20,27). El nuevo gozo del salmista en Dios llegó a ser una fuerza que lo movilizó. Su conocimiento de la vida con este Señor, adquirido a través de la angustia y la duda, debe llegar a la gente. Él quería mostrar a la gente la huella de una vida exitosa.

Esto también es nuestra tarea, invitar a los hombres a llegar a Dios. Podemos compartirles el grandioso ofrecimiento de Jesús: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mt. 11:28 NVI; comp. Jn. 6:37). Los hombres tienen el derecho de saber, por qué Jesús vino al mundo y lo que significan su vida y su muerte para nuestras vidas. Debemos compartir el mensaje, que cada hombre es amado y querido por Dios. La puerta al cielo está ampliamente abierta para cada uno. Jesús dice: “Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos” (Jn. 10:9).

Recordemos una vez más aquellos regalos que encontramos en el Sal. 73:

1. Estoy sostenido
2. Yo soy guiado según el buen consejo de Dios.
3. Camino hacia un futuro seguro
4. ¡Yo te tengo a ti!
5. Recibo consuelo
6. Puedo tener esperanza
- 7 Tengo un buen mensaje para otros


